

veré aun. Volveré siempre. ¿Si he vuelto? Si, aquí me tienes. Y ¿por qué no?

Reanimada por la violencia con que gritara estas palabras, pudo levantarse, no sin trabajo, y quedar en pie, con las espaldas apoyadas en la pared; dejando colgar á un lado, por las carrilleras, un fragmento de sombrero que parecía como si lo hubieran recogido en un estercolero. Mientras lo miraba, quería dar á su rostro una expresión de desprecio.

— Vuelvo para vender todo lo que tienes y luego vendré otra vez, hasta veinte — gritó ella, con ademán parecido á una amenaza y al de una danza báquica. — ¡Quítate de ahí! (Esteban, con la cara escondida en sus manos, se había sentado al extremo de la cama.) ¡Quítate de ahí! Esta es mi cama y tengo derecho á acostarme en ella.

Avanzó, tropezando. El se escabulló, tembloroso, con la cara siempre escondida, pasando al otro extremo de la habitación. Ella se echó en la cama y él la oyó pronto roncar. Esteban se dejó caer sobre una silla, que sólo abandonó una vez durante la noche. Ello fué para echar una manta sobre aquella mujer, como si las manos que cubrían su rostro no le bastaran para alejarla de su vista, ni en medio de la oscuridad.

CAPÍTULO XI

NO HAY MEDIO DE LOGRARLO

De repente los palacios encantados se iluminan, y aún la pálida mañana no ha permitido ver las monstruosas serpientes de humo que se deslizan sobre Cokeville. El ruido de los zuecos en la acera, el rápido sonido de las campanas y las máquinas, parecidas á elefantes melancólicos, limpias y provistas de aceite para el trabajo del día, vuelven á empezar su ejercicio pesado.

Esteban está inclinado sobre su telar, atento, tranquilo y sin distraerse. Como los demás hombres ocupados en esta selva de telares, forma un contraste extraño con la maquinaria ruidosa, violenta y estallante, en la que trabaja. No tengais miedo, buenas gentes que todo lo temeis, no tengais miedo de que el arte consiga hacer olvidar á la naturaleza. Colocad en cualquier sitio, á un lado y á otro, la obra de Dios y la obra de los hombres, y el primero, aunque no esté representado más que por un pequeño grupo de operarios, gente de poco más ó menos, ganará en dignidad gracias á esta comparación.

Un taller da ocupación á tal número de obreros y á una maquinaria con fuerza de tantos caballos. Se sabe, una libra más ó menos, lo que la máquina puede producir; pero todos los cálculos de la deuda nacional no podrían decir lo que puede el alma de uno de esos operarios tranquilos, de rostro apacible, de movimientos regulares, durante un segundo, en bien ó en mal, por odio ó amor, por patriotismo ó rebeldía, por descomposición de la virtud en vicio ó por transfiguración del vicio en virtud, y cuenta que ellos no son más que los humildes servidores de aquella máquina bruta. En ésta no existe el menor misterio; y, en cambio, el hombre más abyecto envuelve un enigma impenetrable. ¿Si reservásemos, pues, nuestra aritmética para los objetos materiales y buscásemos otros medios para calcular esas cantidades desconocidas? ¿Qué pensais de ello?

El día fué creciendo y dejóse ver por fuera, á despecho del gas que llameaba en el interior. Se apagaron las luces y se continuó trabajando. La lluvia empezó á caer y las serpientes de humo, sometándose á la maldición de su raza, se arrastraban casi por el suelo. En el patio de los desembarazos, el vapor expelido, el montón de barricas, el hierro viejo, los acopios lucientes del carbón y la ceniza dise-

minada por doquiera estaban cubiertos todos por el denso velo de la niebla y la lluvia.

Esteban abandonó el taller caliente, para exponerse, huraño y cansado, al viento húmedo de las calles frías y cenagosas. Alejóse de sus compañeros y de su barrio, no tomando más que un poco de pan, que comía dirigiéndose á la colina en que habitaba su patrón. Vivía éste en una casa roja, con postigos negros al exterior y transparentes verdes en el interior, con una puerta negra de entrada, realzada por mármol blanco, donde se leía el nombre de BOUNDERBY, inscrito en una placa de cobre y en letras que se le parecían mucho, y debajo de ella había una bola de igual metal, que servía de pomo y ofrecía el aspecto de un punto sobre la I.

El señor Bounderby se disponía á merendar. Esteban contaba con ello. — ¿Querria el criado decirle que uno desus obreros deseaba hablarle? — En respuesta á su embajada, vinieron á preguntar el nombre del operario — Esteban Blackpool. — No existía motivo alguno de queja contra Esteban Blackpool : conque podía presentarse.

Hétenos á Esteban Blackpool en el comedor. El Sr. Bounderby, á quien él apenas conocía de vista, estaba merendando ; comía una cos-

tilla y tomaba jerez. La Sra. Sparsit hacía calceta junto al fuego, en actitud de amazona sentada en la silla de un caballo, con el pie en un estribo de algodón. Vigilaba esa comida, ejerciendo su función oficial, sin tomar parte en ella, demostrando que consideraba la merienda como una debilidad, en su expresión majestuosa de desprecio.

— Veamos, Esteban, ¿ qué hay? ¿ Qué os trae por aquí?

Esteban saludó; no con saludo servil, porque no le conocen los obreros de las fábricas: nunca se lo sorprenderéis, aunque estén empleados en vuestra casa veinte años. Como tocado en honor de la Sra. Sparsit, únicamente se permitió introducir en su chaleco los bordes de su corbata.

— ¡ Veamos! — prosiguió el Sr. Bounderby, tomando un poco de jerez. — Usted no nos ha dado nunca disgustos; no ha formado legión entre las malas cabezas; usted no es de los que tanto abundan y quieren que se les lleve en coche de cuatro caballos, se les alimente con sopa de tortuga y con caza y se les dé de comer con cuchara de oro. (El Sr. Bounderby daba á entender que éste era el único fin deseado por el obrero descontento.) Y estoy seguro de que, si ha venido V. aquí, no es para quejarse. De antemano estoy persuadido de ello.

— No, señor; no es ciertamente por eso que he venido.

El Sr. Bounderby mostróse agradablemente sorprendido, á despecho de la convicción que acababa de manifestar.

— Muy bien — dijo. — Usted es un buen obrero y no me había yo engañado. Veamos, pues, de que se trata. Ya que no es por aquello, dígame lo que hay. ¿ Qué tiene V. que comunicarme? Hable, amigo mío.

Esteban lanzó, por azar, una mirada al sitio en que se hallaba la señora Sparsit.

— Me retiro, señor Bounderby, si V. lo desea — dijo esa señora, con ademán de sacar el pie del estribo, dispuesta siempre á inmolarse.

El Sr. Bounderby se lo prohibió, mientras tenía, antes de engullirlo, un bocado en suspenso, haciendo un gesto con la mano izquierda. Después, retirando la mano y tragando el bocado, dijo á Esteban:

— Verá V.: esta señora es de alta alcurnia. No debe V. suponer que, aun cuando gobierne mi casa, no haya subido á la parte superior del árbol social... ¡ Sí, me atrevo á decirlo! Por tanto, si tiene V. que referirme algo que no deba oír una persona bien nacida, la señora abandonará la estancia. Si no es así, la señora permanecerá con nosotros.

— Creo que no he dicho nunca, desde que nací, una palabra que no pudiera oír una mujer bien nacida — fué su respuesta, que acompañó de un ligero sonrojo.

— Muy bien — dijo el Sr. Bounderby, rechazando el plato y arrellanándose en susilla. — ¡Adelante!

— He venido — dijo Esteban, después de un momento de reflexión, levantando los ojos que tuviera fijos en el suelo — á pedirle un consejo. Hace dieciseis tristes y largos años que me casé. Fué en lunes de Pascua. Mi esposa era una obrera joven, bastante linda, sin mala reputación. Mas no tardó en pervertirse, y no fué por culpa mía. Bien sabe Dios que no he sido para ella un mal marido.

— Ya he oído hablar de eso — dijo el Sr. Bounderby. — Se dió á la bebida, dejó de trabajar, vendió los muebles de V. y se le empeñó la ropa. En fin, un diablo que vale por cuatro.

— Lo tomé con paciencia.

(Esto, en mi opinión, prueba que sois un bobo — dijo confidencialmente el Sr. Bounderby á su vaso.)

— He tenido mucha paciencia, he tratado de llevarla mil y mil veces al buen camino, ya de una manera, ya de otra : lo he probado todo. ¡ Cuántas veces, al volver á mi casa, he

notado que había desaparecido todo lo que yo poseía ! ¡ Cuántas veces he encontrado á mi mujer tendida al suelo, durmiendo su borrachera ! ¡ No ha sido una vez ni dos, sino veinte !

A medida que hablaba, los rasgos de su semblante se hundían más y más, ofreciendo el testimonio conmovedor de lo que había sufrido.

— De mal en peor, siempre de mal en peor. Me abandonó. Fué descendiendo cada día más bajo, perdiéndose en todos los conceptos. Pero volvió, volvió, volvió. ¿ Qué podía hacer yo, para impedirlo ? Me paseé noches enteras por la calle, antes de entrar. Me llegué al puente, con idea de lanzarme al agua y concluir. He tenido que padecer tanto, que he envejecido joven.

La Sra. Sparsit, siguiendo avanzando al portante con la aguja de calceta, levantó sus cejas á la Coriolano y movió la cabeza, como para decir :

— « Los grandes tienen sus dolores como los pequeños. No tiene V. más que dirigir su mirada á este lado. »

— Pagué por que estuviera alejada de mí. Hace ya cinco años que pago. He podido reunir algunos muebles en mi habitación. He vivido pobre y tristemente, pero no he tenido que sonrojarme ni temblar de vergüenza.

¡ Anoche volví á casa, y la encontré allí! ¡ Aun está!

En el colmo de su desgracia y en la energía de su dolor, irguióse un momento y un relámpago de altivez iluminó su mirada. Un instante después permanecía del mismo modo que al principio de la entrevista, con las espaldas encorvadas como de costumbre, vuelto el semblante soñador, con expresión extraña, mitad fineza, mitad embarazo, del lado del Sr. Bounderby, como si su espíritu hubiera estado ocupado en resolver algúna problema difícil; teniendo el sombrero en la crispada mano izquierda, que se apoyaba en la cadera. Su mano derecha le servía para sostener, con gestos enérgicos, aunque moderados, las afirmaciones que hacía; á ratos quedaba aquélla inmóvil, cuando el obrero se interrumpía, pero siempre extendida y habladora, aun que no dijera nada.

— Hace tiempo, como sabe V., que estoy enterado de ello — dijo el señor Bounderby — salvo de la última escena. Se trata de un asunto desagradable: hélo ahí todo. En vez de casarse, mejor hubiera sido que V. quedase soltero. En fin, es tarde ya para decirle esto.

— ¿ Se trata de una unión desgraciada por la edad? — preguntó la señora Sparsit.

— ¿ Oye V. lo que pregunta esta señora? ¿ Se trata de una unión desproporcionada por la edad, en el enojoso asunto en que está V. metido? — dijo el Sr. Bounderby.

— Ni tiene esta disculpa. Contaba yo veintiún años y ella no había cumplido aún los veinte, cuando nos casamos.

— ¿ De veras, señor? — dijo la Sra. Sparsit, mirando á su patrón con tranquilidad. — Hubiera creído que, en esta unión desgraciada, sólo había influido la diferencia de edad.

El Sr. Bounderby dirigió á la pobre señora una mirada oblicua, que demostraba pesar; y, para animarse, tomó una copa de jerez.

— Pero ¿ por qué no sigue V.? — preguntó entonces, con cierta irritación, volviéndose de lado de Esteban Blackpool.

— He venido á preguntarle, señor, cómo podía deshacerme de esa mujer.

Esteban dió una expresión más grave á su semblante atento.

La Sra. Sparsit dejó escapar una exclamación ahogada, indicando que había sido herida moralmente.

— ¿ Qué quiere V. decir? — exclamó el señor Bounderby, levantándose y apoyando la espalda en la chimenea. — ¿ Qué me viene V. á contar ahí? Usted la tomó, con arreglo á

las cláusulas del evangelio, que le leyeron el día del casamiento: *tanto para el bien como para el mal* (1).

— Es preciso que me deshaga de ella. No puedo soportarlo más. Si he podido vivir tanto tiempo de este modo, lo debo á la piedad y al consuelo de la mejor chica que exista en este mundo y en el otro. Tuve esta buena suerte, pues sin ella me hubiera vuelto loco de atar.

— Quisiera ser libre, para casarse con la mujer de que habla. Lo temo, señor — dijo la Sra. Sparsit, á media voz y apenada por la inmoralidad profunda de la gente del pueblo.

— Sí; esto es lo que quiero. Tiene razón la señora. Esto es lo que deseo. Quiero lograrlo. He leído en los periódicos que la gente de pro (es muy justo, y no lo combato), en no estando unida de manera muy sólida (aunque también se alía *para el bien y el mal*), puede deshacer las uniones desgraciadas y volverse á casar. Y, sin embargo, cuando no se avienen de carácter, disponen de tantas habitaciones que les es posible vivir separadamente. Pero nosotros solo contamos con un cuarto y no podemos vivir. Además, aquella gente posee oro y valores, y puede decir: « Esto para ti; esto

(1) *For better for worse*, palabras de la liturgia anglicana.

para mí », y cada cual se marcha por su lado. Nosotros no lo podemos. Además, aquella gente puede separarse por hechos menos graves que los que yo he sufrido. Por consiguiente, es preciso que me deshaga de esta mujer, y quiero enterarme del mejor modo de lograrlo.

— No hay medio — respondió el Sr. Boun-derby.

— Y si le hago daño, señor ¿no existe una ley para condenarme?

— Ciertamente.

— Si la abandono, ¿no hay una ley para castigarme?

— Ciertamente.

— Si me caso con otra mujer ¿no existe también una ley para encarcelarme?

— Ciertamente.

— Si vivo con ella, sin casarme, suponiendo que esto ocurra, que no ocurrirá jamás, pues es demasiado honrada para ello, ¿no impera una ley para castigarme en cada hijo que me pertenezca?

— Ciertamente.

— Entonces, dígame, por el cielo, ¿qué ley puede ayudarme? — dijo Esteban Blackpool.

— Hum!... En las relaciones sociales reina un carácter de santidad — dijo el señor Boun-derby — ... que... en fin... hay que observar.

— No, no, señor. No se observa. Al contrario, se infringe. No soy más que un tejedor. No era más que un muñeco, y ya trabajaba en la fábrica; pero tengo ojos para ver y orejas para oír. Leo los periódicos, y las reseñas de cada juicio, de cada sesión, y V. también lo leerá, con terror seguramente; advirtiéndose que la imposibilidad supuesta de no desunirse á precio alguno, bajo ninguna condición, ensangrienta el país y origina luchas, asesinatos y suicidios en los hogares pobres. Convendría que se nos hiciera conocer bien nuestro derecho. Me hallo en una situación muy triste y quisiera conocer si existe alguna ley que pueda ampararme.

— Bien. Escuche V. un poco — dijo el Sr. Bounderby, metiendo las manos en el bolsillo. — Esta ley *existe*.

Esteban, recobrando su actitud tranquila y prestando mucha atención, hizo una señal de cabeza.

— Pero no está hecha para V. en modo alguno. Cuesta dinero, mucho dinero.

— ¿Cuánto podría costar? — preguntó Esteban, tranquilamente.

— Primeramente tendría V. que intentar un proceso ante el tribunal de doctores en derecho canónico, luego tendría que presentar una demanda al tribunal de pleitos comunes, después

tendría V. que incoar un expediente en la cámara de los lores, sucesivamente tendría V. que lograr un acuerdo del parlamento autorizando su nuevo matrimonio, y, admitiendo que la cosa fuera por buen camino, esto vendría á costarle, á lo que parece, de unos veinticinco á treinta mil francos — dijo el Sr. Bounderby. — O quizá el doble.

— ¿No existe más el ley que ésa?

— Ninguna más.

— Entonces, señor — dijo Estéban, palideciendo y agitando su mano derecha, como para dispersar á los cuatro vientos todas las leyes posibles. — Esto es basura. Es un verdadero lodazal, de un extremo á otro, y cuanto antes muera yo, mejor será.

(La Sra Sparsit quedó de nuevo descorazonada por la impiedad de la gente del pueblo.)

— ¡Bah! ¡Bah! No diga V. tonterías, buen hombre, — repuso el Sr. Bounderby — respecto á cosas que no comprenda bien, y no llame á las instituciones de su país un lodazal, ó una de estos días va verse V. mismo en un verdadero estercolero. Las instituciones de su país no le incumben, y sólo debe V. ocuparse en su trabajo. No tomó V. mujer, *tanto para el bien como para el mal*, con objeto de plantarla ahí, según su capricho. La tomó V. por lo

que era. Si se ha maleado, todo lo que puede decirse, á fe mía, es que podía haber mejorado.

— Es un lodazal — dijo Esteban, moviendo la cabeza y dirigiéndose á la puerta. — Es un verdadero lodazal, y no otra cosa.

— ¡Escuche V. un instante! — repuso el Sr. Bounderby, para despido. — Las opiniones de V., que llamaré sacrilegas, han herido á esta señora. Como le he dicho, se trata de una dama bien nacida y que, como también le he dicho, no ha dejado de tener sus disgustos matrimoniales, ¡apoyada en algunas decenas de miles de libras, . . . decenas de miles de libras! . . . — (Repitió estas cifras con aire de gastrónomo entendido) — Usted, hasta aquí, ha sido un obrero arreglado; pero creo, se lo digo francamente, que va V. á ir por mal camino. Sin duda ha escuchado V. á algún extranjero subversivo (pues éstos no faltan, por ahí) y lo mejor que puede V. hacer, es salirse de aquel sendero. Ya sabe... (aquí los rasgos del Sr Bounderby expresaron una fineza maravillosa)... que veo más allá de la punta de mi nariz, quizá porque me la tuvieron junto al molino: cuando era joven, me las hicieron ver muy duras. Entreveo ahí síntomas de sopa de tortuga y caza con cuchara de oro. Sí, lo entreveo — dijo el Sr Bounderby, moviendo la

cabeza con astucia obstinada — ¡ Por lord Harry, que lo entreveo !

Esteban respondió, con movimiento de cabeza muy distinto y un largo suspiro :

— Gracias, señor. Buenos días tenga V.

Y dejó al Sr. Bounderby hinchado de orgullo ante su retrato, que pendía de la pared del comedor, mientras que la Sra Sparsit seguía cavalcando despacio, con un pié en el estribo y la cara algo entristecida por los vicios de la gente del pueblo.

CAPÍTULO XII

LA VIEJA

El pobre Esteban bajó por los peldaños blancos, cerrando tras sí la puerta negra, adornada con una placa de cobre, con un pomo del mismo metal, del que se despidió, frotándolo con la manga de su vestido, cuando vió que el calor de su mano había empañado su brillo. Atravesó la calle, con los ojos fijos en el suelo, y alejóse tristemente, hasta que sintió el peso de una mano en su hombro.

No era la mano que en tal momento le hubiera sido de mayor necesidad, la mano que hubiera podido calmar la tribulación tempes-